

JESUS PALOMINO. PATINAR HASTA EL DIALOGO

“Cuando la vida abandona la casa un proceso de destrucción se pone en marcha”

Jesús Palomino.

Entrevista realizada por Francisco del Río.
Sevilla, febrero 2003.

El camino trazado es el siguiente: de las manos a las manos. Jesús Palomino (Sevilla, 1969), empieza su trayectoria construyendo casas con ellas y en la actualidad, la pregunta encerrada en todas sus entrevistas y proyectos dialogantes parece rugir de fondo hacia una cuestión muy concreta: para qué sirven las manos. Empieza su andadura ensamblando materiales para conseguir una vivienda, hasta preguntarse hoy en día sobre la situación actual del trabajador, que no es otra que la cuestión del dueño de las manos. Quién soy y qué hago. Entre sus últimos proyectos encontramos *Acantilado*, una serie de entrevistas rodadas en el 2008 al borde del acantilado Dun Aeungus en la Isla de Inis Mór, Irlanda, donde varias personas reflexionan sobre las condiciones de trabajo: “Si tuvieras que explicarle a tu hijo qué es el trabajo, ¿qué le dirías?” “¿Cuál es el trabajo del hombre?” El hombre trabaja con las manos, Palomino caminó pegado a ellas hasta borrar el rastro de sus favelas y quedarse a vivir en un perpetuo diálogo: “Me gustaría ser reconocido como un promotor de situaciones artísticas imaginativas, de acontecimientos humanos de interés y de lecturas pertinentes y esperanzadoras”.

Manos. “En el segundo piso había un cuarto que recibía el nombre de ‘habitación del jardín’ porque en él se había intentado compensar su carencia mediante unas pocas plantas puestas frente a las ventanas”. Releyendo los habitáculos de Jesús Palomino a través de esta escena narrada por Goethe en *Poesía y Verdad*, pensamos en las herramientas que cada persona desarrolla para suplir carencias y deseos por medio de símbolos que causen un placer ficticio. La invención, el suplemento diseñado por creatividad o frustración, la capacidad de adulterar a cualquier precio una necesidad o un capricho. Quien no alberga la posibilidad de una casa digna construye una casa con lo que encuentra, desechos, maderas, supervivencia al final y al cabo. Sobrevivir, construir con la cabeza y los elementos gratuitos, desperdiciados por aquellos que sólo ven ausencia de valor en los objetos innecesarios. Casa no es lugar. Para habitar no es imprescindible un territorio, sí un espacio por lo general portátil.

Explica Jesús Palomino un comentario clave en su andadura como creador de montajes, dispositivos, máquinas: “Comencé a trabajar desde las manos; Mitsuo Miura me dijo una vez: “Hay que comenzar a hacer arte desde lo que se sabe”. Y yo sabía algo con las manos. Así que comencé a trabajar desde las manos, a poner mi mirada en mis manos. Inesperadamente lo que surgió tenía que ver con el mundo de la casa, con lo doméstico y sus relaciones”. ¿Qué oficio se desarrolla sin ellas? El que Palomino desarrolla en la actualidad.

Ficciones. Observen la fachada de un edificio a altas horas de la madrugada. Unos duermen, otros ven la televisión. Fíjense en la composición de las ventanas encendidas; la fachada rectangular, aún desequilibrada por los puntos iluminados, mantendrá un halo de exactitud, una decisión compositiva difícil de adoptar desde una conciencia individual. Porque a esas horas de la noche no trabajan los diseñadores de ventanas encendidas. Ese modo de equilibrio hasta en el desequilibrio, “perfecto pro casualidad” para nuestros ojos, se reproduce en los paisajes de Jesús Palomino. Llenando de luces verdes o amarillas los contenedores, las instalaciones funcionan en la luz, en la atmósfera: “Cuando me dispongo a construir una casa, sea donde sea, el primer impulso es crear un ESPACIO LIBRE, liberar un espacio a través de esta ficción, claramente vinculado a la realidad de las chabolas y las casas pobres; intento siempre llenarlas con la mejor atmósfera posible dentro de su ficción (ficción que tiene que ser levantada desde una realidad muy concreta de construcción), intento armonizarlas”. Espacio libre por aleatorio, por elementos y luces intercambiables que funcionan de manera independiente al color y al contexto.

A finales de los noventa todavía insistía en aquellas construcciones domésticas, creando amalgamas de casas que en su interior no guardaban un hogar. O bien al contrario, plásticos, luces de neón, jabón, vasos, telas, luces, objetos cualesquiera dispersos por el suelo o amontonados conforme a un orden no jerárquico, donde ningún elemento era más importante que otro, cualquier cosa cabía y sobraba al mismo tiempo. Los elementos descansaban como apoyados en un gran tocador donde se reúnen los lugares imprescindibles, el de comer, el de beber, lavar la ropa (*Prosperity, 2002*). Paisajes sin tabiques, escenas y cuadros como respuestas constructivas que radicalizaban el discurso de cada instalación, apuraban el tema de un espacio donde vivir, un lugar posible, *site-specifics* solitarios, montajes del síndrome de Diógenes más dislocado: el higiénico. La pulcritud de las superficies raya la obscenidad cuando descubrimos que el propio autor definía sus casas como chabolas, favelas, hogares de los sin techo, incluso afirmaba por entonces que los colores eran la única propiedad de los indigentes. Cuando construye su primera casa, Jesús Palomino apunta: “De modo que ya había definido mi primera casa, no construyendo sus muros, sino sugiriendo qué de importante o esencial debería contener. Digamos que ya tenía mi casa sin haberla construido”. Máquinas que detectan la necesidad de un lugar, laboratorios que la luz limpia y desinfecta, bodegones de amplio espectro luminoso donde no hay paredes reales. Como sucede en las filas del paro o en los bancos, la fila de espera limita con una línea que a pesar de ser invisible no se traspasa, nadie se acerca demasiado al cliente que está siendo atendido. Estos tabiques invisibles son del espectador, puesto que no hay pared de separación. No hay coraje para pisar una frontera impuesta por uno mismo: “Una casa de tabiques invisibles: no podían ser percibidos por la vista pero estaban operando en la realidad”.

Espacios llenos o vacíos, todavía vacíos cuando llenos. En ambos casos, Jesús Palomino remite al hombre abandonado del mundo; tanto cuando hablamos de las cuatro paredes que implican simbólicamente al hombre vacío, como cuando resaltamos la acumulación de sobras de un Diógenes impoluto. En el trabajo de Palomino es posible distinguir las instalaciones ambientales derivadas de casas vacías y almacenadas, de aquellos otros montajes o salones abiertos, decorados por un inventor sin ocupación alguna. Dos opciones: ocultar a la vista del espectador la habitación inventada, o mostrar lo interior sin puertas o tabiques. Para ocupar un lugar no es necesario poseer un espacio: sólo podemos construir si somos capaces de habitar, era el legado de

Heidegger: todo mueble. No hay inmueble en la trayectoria nómada de Jesús Palomino, sino casas portátiles que con el tiempo se convertirán en diálogos al aire.

Sin manos. De las escenas de tragicomedia y crítica social evidente en toda su trayectoria, diferenciamos tres modalidades, la construcción de interiores domésticos, el almacenamiento paralelepípedos en los que no percibimos el interior, y la vertiente documental, en la que destacan los programas de radio informativos. Jesús Palomino, en estos últimos años, se ha decantado por favorecer de modo explícito el diálogo, la fluidez de la información, la comunicación entre colectivos anónimos o vinculados a temas de radical actualidad. En el año 2006 desarrolla *Anticongelante & 8 programas de radio*, instalación en la que Palomino escribe en hielo las palabras “Historia”, en castellano, y “Sadaka” (amistad en árabe). En el interior de una vitrina congelador, las puertas se abrieron para descongelarse las palabras al sol de Cádiz durante los sesenta minutos que durarán cada uno de los ocho programas de radio, emitidos semanalmente durante julio y agosto. Emisiones radiofónicas amenas e informativas, puntos de encuentro donde se reúnen entrevistas, música, etc., realizadas por voluntarios del pueblo. El objetivo de la acción simbólica era generar debate entre los andalusíes marroquíes y los andaluces españoles: “Esperamos que las palabras en el aire del verano sean capaces de fundir el hielo de algunos discursos, y como agua se vuelvan”. Ya no oculta al espectador la habitación inventada por la ruina, pero continúa instalando historias en el espacio del diálogo y en el posible encuentro de las dudas e improvisaciones éticas. El oficio que se desarrolla sin manos es el hablar.

Cronista visual de acontecimientos recientes, Jesús Palomino se pliega en la figura detonadora del instigador de diálogo, creando un espacio donde las narraciones y los puntos de vista de otros construyen su trabajo. Involucrado en la posibilidad de hablar sobre el contexto sociopolítico, Palomino deriva a un medio que sobrevive de documentar la conversación, la entrevista, la fricción verbal entre diversas opiniones. Sin vocación hacia el radioarte, de aquella atracción por las ruinas y el modo de vida de los indigentes, resbala hasta ejercer la función de dinamizador social. El mismo define su actividad como “lectura-reparación”. Porque siempre leemos con los ojos y es posible hablar de lo que sucede a través de ellos. La posibilidad de encontrar una solución no se contempla en su trabajo, pero sí lo necesario de expresar ciertos malestares: “He descubierto que el arte no tiene por qué resolver cuestiones insolubles sino descubrir síntomas, vincular relaciones, ayudar a la conciencia a despertar”. Así es que aquella voluntad de hogar, o al menos la pregunta sobre el hogar, sigue presente en el trabajo de Jesús Palomino y significa su espacio de confianza: “(...) ciertas cualidades de lo humano que me interesan: el humor, la resistencia, el ingenio, la esperanza por tener un lugar (...)”. Un problema bien planteado es un problema resuelto, decía Henri Bergson.

María Peña Lombao

Revista Dardo Nº 11. Junio-Septiembre 2009

